

Mi propuesta para este rato de oración no es una obra de arte al uso. No comento una tabla, una escultura, el pórtico de una iglesia. Les propongo -me propongo también- contemplar un hecho artístico más cercano a la *performance*. Eso sí, en un espacio sagrado y de valor histórico incalculable como el Panteón de Agripa en Roma. El edificio más influyente de la historia y que, desde su construcción en el año 727 AC, no cesa de extasiar a quienes se aventuran a atravesar las 16 columnas de granito que vinieron desde Egipto.

Este templo, que como escribió Cervantes “en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocación se llama de todos los santos”, fue construido por Marco Agripa en su tercer consulado, con motivo de la victoria de Augusto sobre Marco Antonio.

Después vino Adriano, y quiso que en ese templo el pueblo romano pudiese adorar a todos los dioses, porque era vasto el Imperio y muchos incorporaban deidades de los territorios conquistados, como ocurrió con el dios Mitra, por ejemplo, que trajeron las legiones desde Persia.

Es templo cristiano desde el día 13 de mayo del año 609, bajo la advocación de Santa María de los Mártires. El Papa Bonifacio trasladó allí los restos de los mártires que descansaban en las catacumbas. Se lamentaba Stendhal de que el emperador Focas no hubiese cedido todos los templos paganos a la Iglesia Católica: *La Roma antigua estaría casi toda en pie*.

Describir artísticamente el Panteón no viene a cuento ahora. Nos maravillamos ante la inmensa bóveda de hormigón -ese invento romano que es el secreto técnico del prodigio-, pero sobre todo nos subyuga el óculo. Ese espacio que para los romanos -griegos al fin- representaba el vínculo con la Naturaleza, la reconciliación entre Cielo y Tierra. El *axis mundi*, por el que entraban volando los dioses paganos a ocupar su lugar en los altares.

Nos demoramos hoy en algo que va a ocurrir el próximo domingo 19 de mayo, día de la solemnidad de Pentecostés: por el óculo descenderán pétalos de rosa. Se dice que son siete millones y que caen por el término de cinco minutos.

La lluvia es desbordante, sobreabundante, ilimitada, como el Espíritu.

Los pétalos caen en silencio, quietos, flotan movidos por el soplo, el viento de Dios, tal como actúa el Espíritu.

Es asimilable a una *performance* porque requiere, para ocurrir, de la presencia de espectadores, y combina elementos de las artes escénicas y visuales. Apela a nuestros cinco sentidos, internos y externos, porque los pétalos son fragantes y aterciopelados. Es una experiencia de belleza total, que por ello tiene la huella de las manos de Dios.

Reverbera en los allí presentes el aleteo de la tercera Persona de la Trinidad, de cuyos dones te animo a tomar conciencia, como acción de gracias y también para pedirlos, porque son los que sostienen nuestra vida. En esta ceremonia, hacemos experiencia de la máxima platónica: *lo bello es resplandor de lo verdadero*.

Recordamos también que nuestra carne, la de quienes estamos postrados frente a Jesús Eucaristía, es templo del Espíritu (Corintios 6, 19-20). Y nos abrimos a la acción del Espíritu de la Verdad, como lo denominó Jesucristo hace algunos domingos, preparando a los discípulos para su venida, el que nos guiará hasta la Verdad plena (Juan 16, 12-15). Pedimos, Espíritu Santo, tu auxilio para reconocer y acoger tus dones, que nos permitirán dar fruto y fruto en abundancia.

Termino esta reflexión con una oración al Espíritu Santo:

*Oh, Señor Jesucristo,
que antes de ascender al cielo
prometiste enviar al Espíritu Santo
para completar tu obra
en las almas de tus Apóstoles y discípulos,
dígnate concederme el mismo Espíritu Santo
para que Él perfeccione en mi alma
la obra de tu gracia y de tu amor.*

*Concédeme el Espíritu de sabiduría
para que pueda despreciar las cosas perecederas
de este mundo y aspirar solo a las cosas que son eternas.*

*El Espíritu de entendimiento para iluminar mi mente
con la luz de tu divina verdad.*

*El Espíritu de consejo para que pueda siempre
elegir el camino más seguro para agradar a Dios
y ganar el cielo.*

*El Espíritu de fortaleza para que pueda llevar
mi cruz contigo y sobrellevar con coraje
todos los obstáculos que se opongan a mi salvación.*

*El Espíritu de conocimiento para que pueda
conocer a Dios y conocerme a mí mismo
y crecer en la perfección de la ciencia de los santos.*

*El Espíritu de piedad para que pueda encontrar
el servicio a Dios dulce y amable:
y el Espíritu de temor de Dios para que pueda ser
lleno de reverencia amorosa hacia Dios
y que tema en cualquier modo disgustarlo.*

*Márcame, amado Señor, con la señal
de tus verdaderos discípulos y anímame
en todas las cosas con tu Espíritu. Amén*

Verónica Berhongaray
Coordinadora del departamento de Actividades culturales
Universidad Francisco de Vitoria